

MANUEL LÓPEZ LORENZO
UNA VENGANZA FELIZ

ESTUDIO PRELIMINAR: DIEGO SCARPELLINO | SEMBLANZA: CARLOS A. COSTANZO



(emch) *
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

MANUEL LÓPEZ LORENZO

UNA VENGANZA FELIZ

*(emch)**
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

López Lorenzo, Manuel

Una venganza feliz / Manuel López Lorenzo. - 1a ed. - Chivilcoy : Municipalidad de Chivilcoy, 2021.

72 p. ; 21 x 15 cm. - (Dramaturgia chivilcoyana ; 2)

ISBN 978-987-4427-11-3

1. Teatro Argentino. I. Título.

CDD A862

Intendente Municipal: Dr. Guillermo Britos

Secretario de Cultura y Educación: Dr. Adrián Vila

Directora de Educación: Profesora Francisca Mazzotta

Coordinador de Cultura: Daniel Guala

Coordinadora de Cultura y Turismo: María del Carmen Ruggirello

Julio 2021

Editorial Municipal Chivilcoy

Edición: Diego Scarpellino y Federico Capobianco

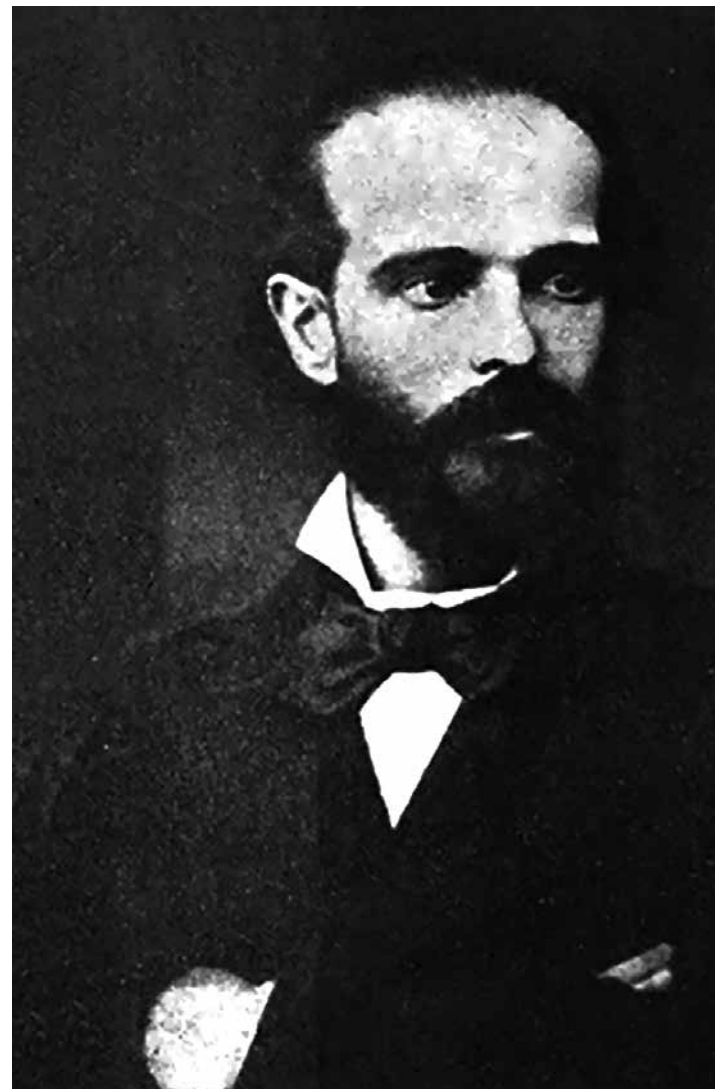
Diseño y diagramación: Vanesa Vitale DG

Disponible su versión digital en: www.editorial.archivoliterariochivilcoy.com

Impreso en el mes de julio 2021

en la imprenta Rossetti 15, de Gabriel Sosa, en Chivilcoy, Buenos Aires, Argentina.

*(emch)**
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY



Manuel López Lorenzo

Un hallazgo feliz

Hace mucho calor. La humedad de la amazonia se eleva como una nube por sobre la copa de los árboles. El sonido de fondo es de selva: pájaros, monos, ranas. A los pocos segundos cambia totalmente el escenario. Es otro lugar: La impecable fachada blanca de un teatro de ópera ocupa la totalidad de la pantalla. Y vuelta a la imagen de la selva. Y vuelta a la del teatro. Hay algo de dos mundos que se mezclan.

A poco de andar la película¹, aparece una canoa navegando un río marrón. En la canoa llegan Fitzcarraldo y su esposa, encarnados en los cuerpos del hiper expresivo Klaus Kinski y la eterna Claudia Cardinale. Vienen en esa canoa por ese río marrón para poder escuchar en vivo a Caruso, que por algún milagro está actuando en ese gran teatro blanco en Manaos. La canoa (con el loco Kinski y la Cardinale y el río marrón y el calor y los mosquitos) viene desde Iquitos. Dos mil km separan a Manaos de Iquitos.

Lo blanco del teatro, “las cerámicas de Delft” y el mármol florentino, contrastan con lo marrón del entorno que es barro, humedad, arcilla e indios. En el medio de ese contraste están los personajes de Fitzcarraldo y su esposa, vestidos de blanco, pero manchados de marrón por el barro. Un cochero brasileño les da Champagne a los caballos. Algo de la lógica de Rodolfo Kusch comienza a colorearse en la mirada del espectador avezado. La pulcritud europea otra vez se enfrenta como contracara al hedor americano. Aparece esa tensión que tendrá nuestro punto máximo expresivo en la dicotomía de la civilización y la barbarie.

¹ “Fitzcarraldo” de Werner Herzog. Alemania 1982

Fitzcarraldo y su esposa están en búsqueda de apoyo para el proyecto de él: Construir un gran teatro de ópera en Iquitos, último puerto antes de la inmensidad de la amazonia. “Fitzcarraldo lo construirá, y Caruso cantará en su estreno” dice ella desbordando confianza en su marido.

Hay algo en la película de Herzog que capta eso que solemos llamar “espíritu de época” (que quizá también sea, permítanme el oxímoron idealizante, “espíritu de clase”) y que está íntimamente relacionado con el motivo que nos reúne en estas páginas y es la idea del teatro como objeto que civiliza.

A Fitzcarraldo, como al mundo que simboliza, no le basta con las plantaciones de caucho como punta de avanzada civilizatoria, sino que sabe y cree fervientemente que lo que el mundo necesita para ser mejor es un teatro, incluso si tiene que atravesar una montaña, tal como lo hará en la película, con un barco a cuestas. Pero ¡atención! Fitzcarraldo no quiere sólo construir un teatro, quiere construir un teatro en la selva amazónica y, más importante aún, quiere que allí cante Caruso, el gran tenor italiano, símbolo y encarnación del buen arte europeo.

Hay, por supuesto, algo de prepotencia colonial, sin embargo él, antes Fitzgerald, ahora Fitzcarraldo por deformación impuesta por los amazónicos, tiene toda la legitimidad de quien lo ha entregado todo por ese sueño, hasta su propio apellido.

Dejemos por ahora a Kinski y a su Fitzcarraldo.

Pensar la obra que nos reúne en este libro exige una doble demanda de abordaje. Por un lado, la pregunta materialista inevitable: ¿qué condiciones posibilitaron la escritura, pero sobre todo, la realización de la obra de López Lorenzo “Una venganza feliz”? Por otro lado, se impone la pregunta, no ya por sus condiciones de existencia, sino por sus sentidos: ¿Cómo se inserta dicho suceso en la lógica del teatro nacional y de la región?

¿Un teatro en la amazonia? ¿Un teatro en la pampa húmeda?

Hablemos un poco de teatros...

Mucho antes de los años de producción y estreno de “Una venganza feliz” Chivilcoy ya contaba con un teatro: Una sala privada construida por el colono alemán, pastor, y doctor en Filosofía y Teología Augusto Krause (1811-1881).

Ubicado en la actual intersección de las calles San Martín y Lavalle, el teatro fue construido a cuentas del propio Krause como extensión de la casa familiar. Este espacio, del que se tiene registro ya en 1860, contó con una marcada relevancia para la comunidad y fue un lugar que concentró a gran parte de la avanzada cultural moderna, no sólo local sino también nacional.²

Rápidamente el teatro se consolidó como lugar de tertulias, poetas, políticos y sobre todo músicos, ya que el espacio era conocido por tener un piano de gran calidad, un Erard de concierto, único en la región. Se tienen registro además de representaciones teatrales llevadas a cabo por compañías extranjeras: en 1860, por ejemplo, se presentó una función de “Flor de un día” de Francisco Campodrón, obra en verso que narra las desventuras de los inmigrantes.

Es en el mismo teatro de Krause en dónde Juana Manso (sin duda, una de las mujeres más prominentes de la historia argentina) pronunció su famoso discurso de inauguración de la biblioteca pública (quizá la primera biblioteca de Sudamérica), discurso en el que realza la riqueza cultural y productiva de los colonos de la región y en el que ostensiblemente elogia el papel de Augusto Krause, del teatro ¡y del piano! como motores de una sociedad

² “El teatro se hallaba ubicado en el lote urbano que Krause había adquirido el 29 de septiembre de 1855 a la corporación municipal con el número 84, consistente en un cuarto de manzana ubicado entre las calles San Martín y Lavalle, lugar donde también edificó su propiedad particular, destinando la esquina antes mencionada para sala de teatro que en realidad era un gran galpón según Enrique Garaba” IRubén Osvaldo Cané. *Chivilcoy desde 1880 hasta 1995*.

culta. Pasaron por allí numerosas figuras de la política local y nacional tales como Domingo F. Sarmiento y Bartolomé Mitre.

Es interesante señalar cómo en el cuerpo de Krause se territorializa incluso hasta la polisemia misma del término “cultura”: Es Augusto Krause quien introduce en la pampa nuevas técnicas agrícolas y una máquina para el cultivo y el segado, y es él mismo quien construye el teatro, con piano de concierto incluido. Cultura como “cultivo de la tierra” y como “cultivo del espíritu” se dan lugar en un mismo cuerpo. Podríamos decir que este *ww* alemán en la campaña bonaerense opera como un paradigma de la modernidad: La técnica productiva y la “culturización” organizada bajo la lógica del progreso iluminista. Así, Chivilcoy tuvo su “Fitzcarraldo” sólo que en vez de encarnarse en el empresario aventurero del caucho en la amazonia peruana, se encarnó en la imagen de *pioneer* agrícola en la pampa argentina.

Para la mirada moderna, el escenario que presentaba el Chivilcoy del siglo XIX era sumamente prometedor y paradigmático de su proyecto. Es ilustrador a este respecto el poema “Chivilcoy” (1865) de Luis L. Domínguez, Ministro de Gobierno de Buenos Aires por esos años, que en su cuarta estrofa reza:

*“Hoy la cruz en los aires se levanta
Dónde ayer se alojaban los salvajes.
Y en los mismos parajes
La escuela enseña y el teatro encanta.
¡Victoria del progreso! Sí, victoria
Ante la cual me inclino
Como ante los laureles de la gloria
Que lidiando ganó el brazo argentino”*³

³ Escrito en 1865 cuando el entonces ministro Domínguez visita Chivilcoy en razón de la inauguración de la estación del Ferrocarril Oeste. Publicado más tarde en el diario “El tribuno”, Chivilcoy, 1918.

Aparece en una sola estrofa toda la dimensión del sentido de progreso del modelo “civilizatorio”: lo civilizado/culto por un lado, lo bárbaro/salvaje por el otro. Pero a su vez da cuenta del paisaje chivilcoyano de esos años: iglesia, escuela, teatro.⁴

Posteriormente aparece en Chivilcoy otro lugar de encuentro, el llamado “Teatro del Molino San Juan” que se hallaba ubicado en la esquina de las actuales calles Carlos Pellegrini y Gral. Rodríguez (sugestivamente, a apenas unos pocos metros de donde hoy se encuentran las salas de los dos grupos de Teatro Independiente más antiguos de la ciudad). Se trataba de un salón del molino harinero propiedad de Juan Colla, que fue acondicionado a fin de funcionar como teatro. Son numerosas las notas periodísticas que hacen mención a eventos artísticos que allí se presentaban, y son numerosas también las publicaciones de eventos artísticos que se promocionan en los diarios de finales de la década de 1870 que no hacen referencia explícita de dónde se realizan, lo que hace pensar que el “Tetro del molino San Juan” era el lugar de este tipo de eventos por excelencia. En la prensa local aparece mencionado como “Salón del Molino” o directamente como “Teatro del Molino”. Tenía una capacidad para 200 espectadores y según los registros periodísticos no fueron raras las veces en las que se vio colmado. Actuaban allí compañías líricas locales y de la zona, la banda municipal, se realizaban conciertos de músicos independientes, y numerosos eventos de varias entidades sociales de alta participación ciudadana: Asociaciones de inmigrantes (españoles, franceses, italianos) y de beneficencia, etc.

A la existencia de estos dos espacios debe sumársele otro elemento: La sociedad Orfeón de Chivilcoy.

⁴ Es interesante como se entrecruzan las formas del Romanticismo con las aspiraciones iluministas. El subtítulo del poema de Domínguez es “Paisaje” elemento llevado al paroxismo por el Romanticismo sólo que aquí se ocupa en describir como tal no a la naturaleza sino a las producciones de lo humano: Escuela, teatro, iglesia, “Los blancos edificios”, etc.

Bajo la denominación “Orfeón” se conocía a numerosas entidades artísticas y culturales que las comunidades españolas fundaban en cuanto lugar se encontrasen a fin de preservar la identidad hispánica, sobre todo en lo concerniente a lo musical. Sin embargo, abundan los casos en los que “los orfeones” ampliaban sus intereses hacia otras ramas del arte y la cultura. Tal es el caso de Chivilcoy en el que la versión local contaba con una banda de música, un coro, una comparsa y un elenco teatral.

En referencia a “Una venganza feliz”, el “Orfeón Chivilcoy” ocupa un lugar de privilegio por varios motivos: La obra fue escrita expresamente para ser representada por su elenco, y según consta en la carátula de la edición original, estrenada en el espacio con el que contaban. A su vez, fue dedicada al presidente de la institución, Juan Manuel Díaz, y editada e impresa a costas de los amigos y miembros del Orfeón:

“Al señor Don Juan Manuel Diaz, presidente de la Sociedad Orfeón de Chivilcoy.

De las personas inteligentes es de quien pueden esperar indulgencia los que, no haciendo una profesión de la literatura, se consagran en los momentos de ocio al cultivo de las bellas letras. Convencido de esta verdad, me atrevo a dedicar a V. este mi primer ensayo dramático, como la más humilde muestra del sincero afecto que le profeso y de la profunda simpatía que sus virtudes me inspiran.

Chivilcoy—octubre 17 de 1872.

M. López Lorenzo”.⁵

⁵ Ver Alfredo Roggiano “Una obra desconocida del teatro Hispano Americano” Ed. Cultura. México D.F. 1958

Sobre la ubicación del espacio Orfeón poco sabemos. Las escasas referencias a la institución se concentran en su actividad más que en el lugar: Organización de un coro local, cambios en la dirección de la banda de música, participación en los carnavales con una comparsa, menciones de López Lorenzo en su dedicatoria, etc. Sin embargo, la carátula por sí misma (véase imagen de página 17) parece ser prueba suficiente para afirmar la existencia de otro lugar dedicado (aunque no exclusivamente) a representaciones teatrales.

Para completar el panorama es necesario resaltar que son numerosas las presentaciones artísticas y culturales con las que contaba Chivilcoy por aquellos años. Los diarios de la época (La Reforma, La Opinión) no sólo dan cuenta de variadas presentaciones musicales, circenses, teatrales y carnavalescas, sino que además suelen resaltar con mucho entusiasmo la respuesta absolutamente favorable del público en cuanto concurrencia y recibimiento. Compañías de zarzuelas españolas y francesas, circos de acróbatas, bandas de música, etc. frecuentaban la ciudad y eran siempre muy bienvenidas por el público chivilcoyano.⁶

⁶ Como dato relevante hay que resaltar la parada en Chivilcoy del Circo de los Hermanos Carlo, compañía circense internacional de malabaristas, jinetes y acróbatas. En el diario “La Reforma” (Julio 1878) puede leerse: “La compañía de acróbatas [circo Hermanos Carlo] que en la actualidad trabaja entre nosotros, puede decirse, sin exageración, que es notable [...] Los ejercicios ecuestres son admirables. Se trabaja con limpieza y gusto exquisito. La gimnasia es llevada hasta el último extremo...” La importancia del dato está dada porque, años más tarde, será esta agrupación quien convocará a los Hermanos Podestá para realizar la primera presentación de “El Juan Moreira”, en versión pantomima. Cuenta la historia que ante el deseo de los hermanos Carlo de poner en el picadero la historia del Moreira, Eduardo Gutiérrez autorizó la realización de la obra bajo la condición de que sea representada por actores locales y no extranjeros, cosa que trajo como consecuencia la colaboración entre las dos compañías y la primera interpretación de José Podestá como el mítico Juan Moreira. (Véase Luis Ordaz, Historia del Teatro del Río de la Plata. Inteatro Editorial. Buenos Aires, 2010. Pp. 59)

Todo lo anterior no es un dato anecdótico, sino que constituye la parte medular del asunto y de los fundamentos que justifican esta edición.

El análisis de lo teatral no se circunscribe solamente al fenómeno de la literatura dramática, sino que pretende abarcar gran parte de los otros elementos constitutivos de lo que se denomina “el sistema teatral”, que van desde los espacios utilizados, la organización de quienes lo realizan, los actores y actrices que participan, la función social que cumple la representación, la presencia de un público formado como tal, los modos de presentación, las organizaciones culturales que la llevaba a escena, etc.

Por ello es necesario resaltar que, con “Una venganza feliz”, no encontramos sólo el caso fortuito del paso de un dramaturgo por estos pagos. La relevancia de la obra no es solamente su escritura sino el hecho de que haya encontrado en el terreno las condiciones para su concreción escénica: La obra fue estrenada el 17 de octubre de 1872 en Chivilcoy, dirigida por el propio López Lorenzo y con actrices y actores chivilcoyanos: Mercedes Santa María, Ángela Iraldi, Rodolfo Araujo, Alfredo Fernández conformaron el elenco. A su vez fue llevada a cabo por una asociación dedicada al arte y a la cultura con larga data en el territorio, con espacio físico a disposición y con elenco propio, y presentada a un público para el cual la experiencia de lo teatral no le era del todo extraña, sino justamente lo contrario.

El terreno para la teatralidad ya estaba abonado y fecundado. Sólo faltaba la aparición del poeta, y así fue.

“Una venganza feliz”, escrita en unos versos exquisitos, posee la amplitud de sentido necesaria como para ser abordada por diferentes ángulos: Bien la de una historia de amor romántica, bien como comedia de enredos, e incluso como proto manifiesto feminista. La acción se precipita en la lección moral, típica del género y de la época, pero el autor se permite jugar con algunas ambigüedades

que hacen de la pieza su elemento más rico. La protagonista es una mujer y el “villano” un hombre que debe aprender la lección: Tentado por el “nihilismo” el protagonista masculino (que es el perfecto contrapunto moral de Aurora, la verdadera protagonista) transitará durante la obra el camino de vuelta hacia el amor, el matrimonio y Dios. De este modo, Manuel López Lorenzo se permite cambiar la carga de valor de la idea de venganza transformándola en un elemento pedagógico de redención.

Al lector o espectador contemporáneo podrá resultarle un tanto naif la trama, sobre todo la peripecia de Román y su precipitada transformación sobre el final. Pero seguro podrá disfrutar ¡y mucho! de los pases cómicos que encarnan, sobre todo, los personajes de Don Justo y Doña Isidora, o de la desopilante discusión acerca de las virtudes (o no) del matrimonio entre Román, el nihilista, y el tío de Aurora, y por qué no, de las consideraciones de Isidora acerca de los hombres:

*ISIDORA. ¡Qué tal! he aquí los placeres
que los hombres nos dispensan.
Nada hacen, dicen y piensan
que no ofenda a las mujeres.
Yo los aborrezco a todos.
Ni quisiera oír sus nombres.
Me basta que sean hombres
para odiarlos de mil modos.*

En cuanto al segundo aspecto que señalamos más arriba, respecto de su inserción simbólica dentro de la tradición teatral argen-

tina, es dónde la obra encuentra sus límites. La cuestión de la especificidad de lo que se dio en llamar “El Teatro Nacional” coloca a “Una venganza feliz” en los bordes de la clasificación. Su formato, íntimamente relacionado con la zarzuela española, sus modismos europeos, el hecho de que su autor sea español y no criollo y que la temática sea “universal” y no local, hacen de la obra uno de esos objetos difíciles de clasificar como “teatro nacional” por su condición de periférico del canon.

La trama sucede en Buenos Aires, pero el estilo está mucho más ligado a las formas y contenidos del teatro español que al del incipiente teatro nacional, que encontrará su hecho fundante apenas unos años después y también en suelo chivilcoyano: me refiero a la representación ¡con texto! de “Juan Moreira” llevada a cabo por la compañía circense “Podestá Hermanos” en 1886 y reconocida por los historiadores e intelectuales de la disciplina como el hito creador del teatro nacional.

No vamos a extendernos en los detalles de este último evento, sólo decir que el fenómeno de la presentación en formato circense y con texto (no sólo con pantomima como se representaba hasta ese momento) de “Juan Moreira” de algún modo corroe la dicotomía civilización y barbarie, en lo que al teatro se refiere, postulando su resolución dialéctica: El teatro encuentra su terreno popular en la presentación de los Podestá, el arte cuya tradición occidental se remonta a la Antigua Grecia descubre su territorio vernáculo, se para en el barro de la historia, se hace local, criollo.

Es el teatro de Fitzcarraldo pero que ya no necesita a Enrico Caruso porque encontró por fin su propio lenguaje.

¿Cómo se introduce entonces “Una venganza feliz” en la historia del teatro local?

La historia, dice Artur Danto, es un relato que sólo puedo adquirir sentido desde una lectura retrospectiva. Podemos hablar y

escribir libros, por ejemplo, acerca de la Primera Guerra Mundial, pero ese epíteto sólo tiene sentido en la mirada hacia el pasado, puesto que hubo de suscitarse una segunda gran guerra para que podamos hablar de una primera. Ni siquiera el cronista ideal, ese que está allí, en el momento de los hechos, puede pronunciar un enunciado histórico en estos términos v.g. la partera que asistió el nacimiento de Napoleón jamás hubiera podido afirmar: “Está naciendo el conquistador de Europa”, como sí lo puede hacer el historiador que mira hacia el pasado y configura un relato. El sentido, que no es algo que *per se* tiene el desarrollo de la historia, es algo que opera retrospectivamente cuando queremos construir su relato y hacemos la selección de los elementos relevantes para amalgamar una causalidad de acontecimientos.

La edición de este libro y el rescate por parte de la Editorial Municipal de Chivilcoy de “Una venganza feliz” posee mucho de esa lógica. Se trata en fin de especificar algo, poner un mojón más en una escalada de sucesos que culminará en eso que hoy llamamos “el teatro chivilcoyano” y que desembocó en una tradición continua y sumamente rica de teatro local y en la denominación de la ciudad como “Capital Provincial del Teatro” (LEY 14.837).

El teatro en Chivilcoy no es poca cosa. Cuenta con elementos que le otorgan una relevancia indiscutible en el capital simbólico de la ciudad, con la consolidación de instituciones organizadas de alcance popular y masivo y con una riquísima tradición. Y sin dudas, en la mirada retrospectiva que intente explicar el fenómeno del teatro local, es posible postular un recorrido que se inicia en el teatro de Krause, en el Teatro del molino San Juan y en la Sociedad Orfeón de Chivilcoy, que se manifiesta poéticamente en la aparición del texto de López Lorenzo y en la necesidad de unos vecinos de poner en escena “Una venganza feliz”; que tiene su momento mítico en el instante en el que Moreira pronuncia por primera vez, alto y claro, las que serían las palabras inaugurales del teatro nacional; y que continúa en el trabajo de las compañías

de Teatro Independiente que tienen presencia ininterrumpida en nuestra ciudad desde comienzos del siglo XX.

A alguien en la Universidad de IOWA, Estados Unidos, se le ocurre digitalizar un libro; que a alguien en 1958 y en una editorial mexicana se le ocurrió editar; de un autor chivilcoyano, Alfredo Roggiano, egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; sobre una obra de teatro, su autor y contexto, que fue escrita por Manuel López Lorenzo y estrenada en nuestros pagos, por una compañía local, allá por 1872.

Así pues, el hallazgo y la sucesión de eventos que posibilitaron la reedición de “Una venganza feliz”.

Diego Scarpellino

07/02/2021



Carátula original de la comedia de Manuel López Lorenzo, Una venganza feliz. 1872

REPARTO ORIGINAL

AURORA	STA. MERCEDES SANTA
	MARINA
DA. ISIDORA	ANGELA IRALDI
ROMÁN ESQUIVEL	RODOLFO ARAUJO
D. JUSTO	ALFREDO FERNÁNDEZ
UN CRIADO	

La escena pasa en Buenos Aires.

ACTO ÚNICO

Sala elegante. Puerta en el fondo y dos laterales en último término. A la izquierda del espectador, en primer término, una mesa con útiles de escribir.

ESCENA PRIMERA

Aurora escribiendo, y Doña Isidora cerca de ella. A la mitad de la escena se levantan las dos, teniendo Aurora en la mano la carta que acaba de escribir.

ISID. ¡No! jamás consentiré
que hagáis tamaña locura.
¡Vos a un convento!

AUR. Señora, también a mí me da angustia
dejar a usted; pero a hacerlo
mi suerte fatal me impulsa.
Huérfana y sola en el mundo
fui casi desde la cuna
juguete del infortunio,
que aun hoy contra mí está en lucha.
Si una ilusión acaricio
se deshace como espuma;
la esperanza me abandona.
¡Ya no espero dicha alguna!
y el porvenir se me ofrece
vacío como una tumba!

ISID. ¡Ay, niña! ¡qué bien han dicho
que el dolor nos hace injustas!

(Al público)

Decirme a mí que está sola,
cuando con tanta ternura
le he servido yo de madre
desde que perdió la suya.

(A Aurora)

¡Vaya! si os hicieseis monja
¡nunca tendríais disculpa!
vos estáis desesperada,
no creáis que se me oculta.
¡Aquel don Román! ¡Tunante!
¡No lo conocierais nunca!
que de todas vuestras penas
él sólo tiene la culpa.

AUR. No es verdad, doña Isidora:
si Román de mí no gusta,
aunque le ame con delirio,
mi corazón no le acusa.

ISID. ¡Pues no faltaba otra cosa!
¿aún le defendéis?

AUR. Sin duda.
El corazón no se manda,
y fuera exigencia absurda
pedirle amor a la fuerza.

ISID. Pero escuche usted, criatura:
¿Entre él y usted no existía
tiempo a la obligación mutua
de casarse?

AUR. Sí, por cierto.

ISID. ¡Y qué! ¿no es perfidia suma
romper ese compromiso
así... sin ninguna excusa?

AUR. Doña Isidora, al contrario:
me hirió mucho su repulsa,
y aun mi corazón la llora.
Mas, cuando mi alma le juzga,
antes que pérfida, encuentra
noble y leal su conducta.
Un día. . . hace ya cuatro años,
vino a verme por vez última,
y estas palabras me dijo
que olvidar no podré nunca:
“Aurorita: nuestros padres
sin nuestra previa consulta,
de ambos la boda arreglaron,
y antes que el plazo se cumpla
vengo a devolver a usted
su libertad absoluta.
Yo detesto el matrimonio,
y usted bella y con fortuna
novio hallará cuando quiera,
que la hará feliz sin duda”

ISID. Pero usted, ¿qué ha contestado
á esa plática importuna?

AUR. ¿Qué quiere usted que dijese?
Oí callada y confusa
sus palabras que me hirieron
como de un puñal la punta.

Quise hablar y en la garganta
la voz me anudó la angustia,
quise llorar y a mis ojos
no acudió lágrima alguna.
¡Como una estatua de mármol
me quedé, pálida y muda!

ISID. (¡Ah! yo me hubiera vengado
dándole a beber cicuta!)
¡Insolente... con desprecio
se paga esa inicua burla.
Usted es joven y hermosa,
¿por qué entonces no disfruta
de sus riquezas? La vida
sin placeres es insulsa.
Vive usted tan encerrada
que parece que se oculta.
¡Ea! salga usted a la calle
de distracciones en busca,
que las flores sin luz pronto
se hacen pálidas y mustias.
¡Vamos! fuera esa tristeza
que tanto su rostro nubla,
y olvide usted a ese hombre.

AUR. ¡Que le olvide! ¡En vano lucha
con esa idea mi mente!
En vano mi alma procura
de sí desterrar la imagen
que siempre su calma turba.

Me persigue su recuerdo
con ansia tan importuna,
que sé que no ha de dejarme
tranquila, ni aún en la tumba.
Por todas partes mi vista
tropieza en la vista suya;
en el más hondo silencio
mi oído su acento escucha;
y en medio de las plegarias
que elevo al Dios de la altura,
su dulce nombre mis labios
siempre a mi pesar pronuncian.

ISID. ¡Mucho le amáis!

AUR. Le amo tanto
y es mi pasión tan profunda,
que a arrancármela del pecho
no bastará fuerza alguna.
Este amor que es mi martirio
también de gloria me inunda;
y aunque tormento me causa,
adoro mi propia angustia.
Con él, soporto la vida
a pesar de su amargura;
sin él, hasta el pensamiento
de la existencia me asusta.

ISID. Pues, hija; un placer os queda:
cuando se sufre una injuria
que causa amargos dolores,
la venganza es quien los cura.

AUR. Pues bien, eso hacer intento.

ISID. ¿De veras? Así me gusta.
Que no se piensen los hombres
salir siempre con la suya.
¡Bribones! ¡Nos han tomado
por objeto de sus burlas!
Sí, sí; tome usted venganza
de ese tunante. ¡Que sufra!
Para eso sí que estoy pronta,
cuenta usted ya con mi ayuda.
¿Qué piensa usted hacer?

AUR. Señora, es un secreto.

ISID. Y qué duda
puede usted tener de mi
para ocultarme...

AUR. Ninguna;
pero... quiero sorprenderla.
Poco tiempo estará oculta
mi venganza; aquí le escribo,
con tal que a mi ruego acuda.

ISID. Sí; pero... ¿y lo del convento?
si usted a eso no renuncia,
lo demás nada me importa.

AUR. ¡Es imposible!

ISID. (¡Qué angustia!
vaya! si esto sigue así
me pondré como una furia!)

AUR. No me queda otro recurso.

ISID. ¿Qué dice usted?

AUR. Lo que escucha:
pues sin ese sacrificio
mi venganza fuera nula.
Voy a mandarle esta carta.

(Dirigiéndose a la puerta)

ISID. Pero... .

AUR. ¡Ya hablaremos!

ISID. Nunca.

(Desaparece Aurora por la derecha)

ESCENA SEGUNDA

ISID. ¡Qué tal! he aquí los placeres
que los hombres nos dispensan.
Nada hacen, dicen y piensan
que no ofenda a las mujeres.
Yo los aborrezco a todos.
Ni quisiera oír sus nombres.
Me basta que sean hombres
para odiarlos de mil modos.
Vea usted el otro necio
que a desairarla se atreve,
cuando es ella la que debe
mirarle con menosprecio.
¡Pobre niña! Es un tesoro
de bondad y de hermosura.
Todo un raudal de ternura
hay en su corazón de oro.

¡Y que alma! ¡vaya! no hay dos
en todo el mundo como ella.
¡Si al verla tan pura y bella
se cree al momento en Dios!
(Pausa)
Pero eso de irse al convento
sería terrible lance,
y es preciso a todo trance
estorbar su loco intento.
Sólo al pensarlo me asusto;
más, ¿cómo podré evitar?
En fin, vamos a tratar
con mi esposo. ¡Justo! ¡Justo!
(Llamando a la izquierda)

ESCENA TERCERA

Doña Isidora y Don Justo, que sale de bata. El tono de esta escena debe ser cómico.

JUS. ¿Qué quieres, mujer? ¿qué quieres?
ISID. ¿Te has vuelto sordo?
JUS. Paloma:
¡Sé más amable, más blanda!
ISID. Mira, no estoy para bromas;
¡o me escuchas al momento
o estallo como una bomba!
JUS. Bueno, mujer: no te alteres;
¡que diablo! ¿has comido pólvora?

ISID. ¡Eres un monstruo!
JUS. ¡Mil gracias!
ISID. ¡Un basilisco!
JUS. ¿Lisonjas?
(Señores ¿saben ustedes
si mi mujer está loca?)
ISID. ¿Quieres oírme o levanto
una gresca, que arde Troya?
JUS. Bueno, bueno: ya te escucho.
¡Si por nada te alborotas!
ISID. ¿Por nada? ¿A nuestra desgracia
llamas tú pequeña cosa?
JUS. Pero... ¿qué desgracia?... Ignoro...
ISID. Que se va la niña.
JUS. ¿Aurora?
ISID. Y yo me echo al cuello un nudo.
JUS. ¡Quizá! ¡si tú no has de hallar sogas!
ISID. ¡Que! ¿te burlas?
JUS. ¡Dios me libre!
Pero vamos a tu historia.
ISID. ¡Qué historia, ni que ocho cuartos!
que se va, que me abandona;
y esto me tiene irritada,
fuera de mí, medio loca.
JUS. ¿Sí? (Pues a mí me parece
que ese ‘medio’ está de sobra).

Pero... ¿se muda de casa?

ISID. ¡Mucho peor!

JUS. ¿Se va Europa?

ISD. No me diera tanta pena.
Va a un convento: ¡se hace monja!

JUS. ¡Canario! pues mira, chica,
esto de veras me enoja.

ISID. Ya lo creo: si es lo mismo
que morirse para toda
la vida.

JUS. Sí: ¡para siempre!

(Muy cómico lo que sigue)

ISID. ¡Ay! ella era la luz sola
de esta casa, que sin ella
va a quedar sumida en sombra.

JUS. Ella era el iris de paz
de nuestra casa, que ahora
va a presenciar más tormentas
que la mar tempestuosa.

ISID. Desde que ha quedado huérfana,
cinco años hora por hora
vivió a mi lado, y no ha habido
una voz más alta que otra
entre las dos.

JUS. Es muy cierto,
por más que parezca broma.
¡Toma! si Aurora es un ángel
escapado de la gloria.

(A Isidora)

Mas, dime: ¿cuál es la causa
de resolución tan pronta?

ISID. La causa... Es ese tunante
de D. Román.

JUS. Ola, ola:
¿Con qué entra amor en la danza?

ISID. Entra un hombre, señor posma:
y donde los hombres entran,
sale la paz viento en popa!

JUS. Pero; ¿qué tiene que ver
ese Román con Aurora?

ISID. Que fue en un tiempo su amante
y hoy no la quiere por novia.
Cuando casarse debían
se fue el tuno para Europa,
y ahora ha vuelto ¡Y ni siquiera
vino a verla una vez sola!

JUS. ¿Y ella, por qué no le olvida?

ISID. Porque la infeliz lo adora.
No tiene otro pensamiento,
y esa tristeza tan honda
que la consume, es efecto
del dolor que la devora.
Pero en balde me fatigo;
tú de esto no entiendes jota;
los hombres tenéis el alma
hecha de corcho o de estopa.
Dejemos, pues, el amor,
y vamos a lo que importa.

Hoy me prometió vengarse
del pérfido amante.

JUS. ¡Sopla!
Pues no la creí capaz...

ISID. ¡Tiene razón que le sobra!
Pero lo que a mí me aflige,
lo que me causa hidrofobia
¡es que su venganza acabe
entrándose ella de monja!

JUS. Tienes razón; y es preciso
impedirlo a toda costa.

ISID. ¿Pero cómo? A ver si tienes
alguna idea...

JUS. (¡Qué tonta!
¡Una idea!) A ver... No encuentro...

(Después de registrarse)

ISID. ¡Pues! las has perdido todas
antes de nacer!

JUS. Distingo:
¡Yo no nací para embrollas!

ISID. ¡Ay, de ti! si por tu causa
nuestra empresa se malogra.

JUS. ¿Y qué he de hacer yo?

ISID. Aquí mismo
vendrá don Román ahora.
A ver si tienes talento,
sin hablarle de la novia,

para encomiar las delicias
del matrimonio y...

JUS. Perdona:
tendría que mentir mucho
y... vamos ¡No hago esas cosas!

ISID. ¡Ah! ¡Qué ingratos son los hombres!
Mira, corazón de roca,
es preciso que comprendas
que cuanto los hombres gozan:
placeres, comodidades,
y mucho más que no ignoras,
sin que esto sea inmodestia,
nos lo debéis a nosotras,
que os servimos como esclavas
desde que somos esposas.

JUS. Bueno, bueno: no me opongo.
Como el galán no os conozca,
veré... le diré... pues... vamos,
lo que me venga a la boca.

ISID. Luego saber es preciso
lo que hacer intenta Aurora.
Para eso, desde el momento
en que ambos queden a solas,
tú observas desde esa puerta,

(Señalando la de la izquierda)

yo estaré en aquella otra,

(Señalando la de la derecha)

y después según el giro
que va tomando la cosa,
trataremos...

JUS. ¡Sí!... comprendo.

ISID. ¡Con qué, a ver cómo te portas!

JUS. Veré si puedo... poder.

ISID. ¡Que nada sospeche Aurora!

(Sale por la puerta de la de-recha)

ESCENA CUARTA

JUS. Don Justo: si en este intríngulis
vencer no logras impávido,
te expones a que tu conyugue
con razón te llame zángano.
¡Hasta ahora has sido víctima
de su lengua, que es un látigo;
más si hoy provocas su cólera
va a suceder algo trágico!...
No he visto genio más díscolo,
ni carácter más satánico:
sus palabras son cantáridas
que desuellan como el cáustico;
en fin, es un ser diabólico,
¡peor que un “inglés” en sábado!
Por suerte yo soy pacífico,
y por no armar un escándalo,
no le sacudo las vértebras
con un buen cordón de cáñamo.
Como ha de ser... El artículo...
no sé cuántos, del Decálogo

manda no hacer daño al prójimo.
¡Qué bien cumplo yo este párrafo!

(Pausa)

¿Pero cómo es esto? ¡Cáspita!
¿Cuándo vendrá ese romántico?
En cuánto le eche una plática
en tono y estilo clásico,
del matrimonio en los vínculos
cae el inocente pájaro...
Pero... ¿si es cuerdo y por réplica
me envía a plantar espárragos?
¡Oh! ¡Le endoso una filípica
que le infunda terror pánico!
Le haré ver que el hombre célibe
no vale en el mundo un rábano;
y que es sólo un hongo, un bípido,
si señor, de alma de cántaro...

ESCENA QUINTA

Don Justo — Un Criado

CRIA. Abajo está un caballero...

JUS. ¿Quién?

CRIA. Don Román Esquivel.

JUS. (Llegó por fin el doncel)
Anda, dile que lo espero.

CRÍA. Dijo que a la señorita...

JUS. Pues bien, obedece y calla.

(Sale el criado)

Cual si fuera a una batalla
el corazón me palpita.
¡Ea! ¡valor! que si ahora
bien de esta empresa no salgo,
ya puedo huir como un galgo
de las iras de Isidora...

ESCENA SEXTA

Don Justo y don Román

ROM. ¡Caballero! (desde la puerta)

JUS. Señor mío: ¡Adelante! sin rebozo,
tome usted asiento. (Es buen mozo; pero adusto, aire
sombrió.)

ROM. (¿Quién será este zorro viejo?
Pronto saldremos de dudas.)

(Sentándose a la derecha)

JUS. (San Justo: si no me ayudas,
voy a perder el pellejo.)

(Sentándose a la izquierda)

ROM. Ya sabréis que Aurora...

JUS. ¡Ya!

ROM. Pues, ¿cómo aquí no la encuentro?

JUS. Un instante: está allá dentro
y en salir no tardará.
En tanto soy de opinión,
es decir, me fuera grato
tener con usted un rato
de amena conversación.

ROM. Pues sepa usted, señor mío:
que yo pláticas no entablo
mientras no sé con quién hablo.

JUS. (¡Qué tono! ¡Me dejó frío!)
Pues bien: yo soy Justo Rey;
fortuna tengo no escasa,
y soy dueño de esta casa
donde yo impongo la ley.
¿Me conoce usted ahora?

ROM. Algo más que hace un instante.

JUS. ¿Y no es acaso bastante?

ROM. Mas, ¿cómo se halla aquí Aurora?

JUS. De una manera sencilla:
es mi pupila.

ROM. ¡Es extraño!

JUS. Desde hace ya más de un año.

ROM. Pues señor, me maravilla.
Cuando huérfana quedó
fue a vivir con su tutora.

JUS. Justo: con doña Isidora,
de quien soy marido yo.

ROM. ¡Casado usted! ¡Dios eterno!

JUS. ¿Y qué tiene eso de raro?

ROM. ¡Nada, nada! ¡Le declaro
un héroe!

JUS. (¡Voto al infierno!)
Pero, si no hay invención
comparable al matrimonio.

ROM. Sí: parece que el demonio
es el autor de esa unión.

JUS. La vida es una miseria,
y el que menos mal la pasa
es sin duda el que se casa.
(Ya voy entrando en materia.)
Es preciso confesar
que el hombre sin la mujer,
sólo es la mitad de un ser;
un cuadro sin acabar.

ROM. No soy yo de esa opinión.
Para que sea perfecto
debe el hombre en mi concepto
ser libre siempre.

JUS. Es cuestión
que yo estudié muy a fondo,
y al más tenaz adversario
que sostenga lo contrario
de convencerle respondo.
Para mí, después de Dios,
la mujer es lo primero.

ROM. Yo al revés la considero:
Mala es una; y peor son dos.

JUS. Pero olvida usted que es ella
¿quién nos da el ser?

ROM. ¡Buen presente!
Un mar de hiel solamente
es la existencia más bella.

JUS. Pero... su amor, su ternura,
tesoros que le dio el cielo
¿no derraman el consuelo
sobre nuestra desventura?
Su belleza es la sonrisa
que dio al mundo el Creador;
su acento imita el rumor
del suspiro de la brisa.
Sus bellos y ardientes ojos
de tal modo a veces miran,
que sin saber lo que inspiran
caer nos hacen de hinojos.
Su tierno y leal cariño
guarda un edén de delicias
y son puras sus caricias
¡como los besos de un niño!
De divino el nombre santo
no hay a quien mejor le cuadre:
¡Hija! ¡Amante! ¡Esposa! ¡Madre!
¡Que frases llenas de encanto!
En fin si en el universo
hay hombres de otra opinión,
o no tienen corazón...
¡O lo tienen muy perverso!

ROM. ¡Bravo! habláis como un poeta.
Lástima que a esa pintura
tan delicada y tan pura,
le falte verdad completa.
En mi sentir, la mujer
no es más que un profundo arcano,
que el hombre ha estudiado en vano
sin llegarlo a comprender.
Cuando el poeta la ensalza
sólo en la ilusión se apoya;
para mí... será una joya,
pero es una joya... ¡falsa!
La mitad de sus hechizos,
por más que os dé sentimiento,
son humo que lleva el viento;
y los demás son postizos.
En el arte de fingir
es una hada, una sirena
que las almas encadena,
gozando en verlas sufrir.
De mil caprichos extraños
sigue el impulso, voluble.
¿Qué le importa que se nuble
nuestra paz con sus engaños?
Ella mira en dulce calma
del hombre la amarga lidia
cuando su negra perfidia
del hombre destroza el alma...
Nada, nada: al hombre libre
nunca el destino le abate.
¡Casarse es un disparate
de incomparable calibre!

JUS. (Pues, señor: yo me desmayo.
He predicado en desierto.
Vamos a ver si la acierto
practicando un nuevo ensayo.)
Tiene usted muy mala idea
acerca de las mujeres.
No sabe usted los placeres
que el himeneo...

ROM. Aunque sea
una prueba de egoísmo,
prefiero gozar a solas.

JUS. (¡Que no me traguen las olas
del embravecido abismo!)

ROM. Los más lisonjeros lazos
son dogales que atosigan.

JUS. ¿Y qué penas no mitigan
de una esposa fiel los brazos?
¡Oh, lechos son de azucenas
que aduermen nuestros dolores!

ROM. Pues bien: aun siendo de flores
¡Yo detesto las cadenas!

JUS. Pues con tan raro capricho
¡Nunca seréis más que un hongo!
(¿Y cómo me las compongo
si fue inútil cuanto he dicho?)

ROM. ¡Eh! ya me aburre este asunto.
Anúnciame usted á Aurora.
(¡Este viejo me encocora!)
¿No va usted?

JUS. Sí; voy al punto.
(Sale por la derecha)

ESCENA SÉPTIMA

ROM. ¿Qué querrá Aurora de mí?
Explicármelo no puedo;
por ello es que tengo miedo
desde que me encuentro aquí.
Yo creí con mi desaire
cortar nuestras relaciones;
mas... siempre mis pretensiones
son castillos en el aire.
Pero ella debiera estar
hecha conmigo una furia.
¿Habrá olvidado la injuria,
o es que la quiere vengar?...
A fe que más de una vez
asaltó mi pensamiento,
un... casi remordimiento
por mi pasada esquivez.
¡Pero acá! su corazón
ya olvidó ese amor de niños.
Esa especie de cariños

jamás se eleva a pasión.
Perfumes son de la infancia
que la juventud concluye;
lo mismo que el sol destruye
de las flores la fragancia.
¡Lástima a fe que esa edad
se desvanezca tan pronto!
porque. . . mientras uno es tonto,
dice al menos la verdad!
Después... sólo el interés
nuestras acciones inspira:
y entonces todo es mentira,
y todo traiciones es.
Dichoso el que, como yo,
ya en los juveniles años,
el mar de los desengaños
para siempre atravesó.
Al fin la ilusión más bella
es un ídolo de viento:
se disipa en un momento
dejando en el alma. . . ¡Es ella!

*(Viendo aparecer á Aurora
por la derecha. Aurora ha cambiado de traje y entra en
la escena con lentitud. Román queda de frente al públi-
co fingiendo no verla).*

ESCENA OCTAVA

Aurora y Román en primer término. Doña Isidora y don Justo, en las puertas laterales, recatándose entre el cortinado para no ser vistos por los primeros.

ROM. (Corazón, muéstrate altivo.)

AUR. Román.

ROM. (Volviéndose) Aurora... Señorita:
A vuestros pies (¡Qué bonita!)

JUS. (Cada mochuelo a su olivo.)

(Cruza la escena y va a situarse en la puerta de la izquierda, frente a Isidora que ocupa la de la derecha).

AUR. ¿A qué ceremonia tanta?
¿Nuestra amistad no recuerda?

ROM. Perdone usted... fue... (una cuerda
que me anuda la garganta.)

AUR. ¿No se sienta usted?

ROM. Si tal.

(Siéntase a la izquierda y
Aurora a la derecha)

ISID. (A Justo) No pierdas una palabra.

JUS. (A Isidora) Apenas los labios abra
soy todo oídos.

AUR. Muy mal
corresponde usted al afecto
de sus amigos.

ROM. ¿Porqué?
¿En qué he faltado?... No sé...

AUR. Se ha hecho usted muy circunspecto.
Parece que la distancia
y el tiempo le hicieron otro.

ISID. (¡Que calma! ¡estoy en un potro!)

AUR. ¿Le han tratado mal en Francia?

ROM. Es verdad: allá y aquí...

JUS. (¡Capítulo de aventuras!)

ROM. La fortuna en amarguras
se desató contra mí.
Aquí un "cólera" maldito
me dejó solo en el mundo.
Esto me hirió en lo profundo
del alma: me hice proscrito,
por ver si en lejana tierra
hallaba a mi mal consuelo;
más, para mí en cualquier suelo
sólo infortunio se encierra.
¡que angustia en estos cuatro años
no ha desgarrado mi seno!
¡Ah, yo apuré el vaso lleno
de hiel de los desengaños!

ISID. (¡El que siembra ingratitudes!)

ROM. ¡Honor! ¡Amistad! ¡Amores!
 ¡Tres asesinos traidores
 disfrazados de virtudes!

AUR. No, Román: que eso es injusto.
 No es todo el mundo lo mismo.

ROM. El mundo es un negro abismo,
 que sólo el verle da susto.

JUS. (¡Qué alma tiene este señor!)

AUR. Pero, en fin: ¿qué os ha pasado?
 (¡Me aflige el verle angustiado!)

ISID. (Cuánto más sufra... ¡mejor!)

ROM. Mi historia es harto vulgar;
 vale más doblar la hoja.

AUR. Si el contármela os enoja...

ROM. Temo que os pueda cansar.

AUR. Al contrario: me interesan
 vuestras penas; y si acaso...
 aunque es mi valor escaso...

ROM. (¡Sus palabras me embelesan!)
 Gracias: voy a complaceros,
 y por no cansaros mucho
 seré muy breve.

AUR. Os escucho
 con ansia e interés sinceros.

ROM. Apenas llegué a París,
 me hicieron de relaciones
 varias recomendaciones
 que llevé de mi país.

Una familia pudiente
 me acogió con tanto amor,
 que no lo hiciera mejor
 el más próximo pariente.
 Había en ella una niña
 que en frescura y en primores
 avergonzara a las flores
 de la más fértil campiña;
 cualquiera diría al verla
 que era un perfecto modelo
 de los ángeles del cielo...

JUS. (¡Ay! ¡quién pescara esa perla!)

AUR. ¿Y usted la amó?

ROM. Con delirio.

AUR. (¡Me está desgarrando el alma!)

ROM. De mi existencia la calma
 su amor convirtió en martirio.

ISID. (Bien merecido lo tienes.)

AUR. ¿No era usted correspondido?

ROM. Eso un bien hubiera sido,
 y yo no conozco bienes.
 Con labio falaz y astuto
 que inspiraba el mismo infierno,
 me juró un amor eterno,
 que no sintió ni un minuto.
 Yo creyéndola ¡Insensato!
 di pábulo a mi pasión,
 y troqué mi corazón
 en altar de su retrato.
 En mi amante devaneo

mi edén forjaba en sus brazos,
suspirando por los lazos
del codiciado himeneo.

JUS. (¡Qué disparate, Isidora!)

AUR. (Me estoy muriendo, ¡Dios mío!)
¿Y luego os mostró desvío?

ROM. No. ¡Me vendió la traidora!
Cierta noche en que al azar
la calle cruzaba errante,
de su casa por delante
mi amor me llevó a pasar.
Palpitante el corazón,
ciega el alma de esperanza,
yo no tenía mudanza
en mi divina ilusión.
Cuando, ya a corta distancia
de la mansión de mi bella,
quiso mi enemiga estrella
burlarse de mi ignorancia.
De pronto llegó a mi oído
de dos amantes la queja,
y de mi amada a la reja
un bulto negro vi asido.
Presa de angustia mortal
y conteniendo el aliento,
me aproximo a paso lento
temiendo hallar un rival.
Llego con callada huella,
y con un hombre me encuentro;
dirijo la vista adentro,
y... ¡maldición!... ¡era ella!

AUR. ¿Vuestra prometida?

ROM. ¡Si!

JUS. (¡Vaya un lance del demonio!)
¡Y hable usted de matrimonio!...

ISID. (¿Quién te mete en eso a ti?)

AUR. Y usted...

ROM. La pérfida ingrata
al verme fingió un desmayo.

AUR. Y el otro...

ROM. Huyó como un rayo
de mi cólera insensata.
Buscar cebo a la venganza,
era mi afán, mi embeleso;
cuando otro infausto suceso
vino a cortar mi esperanza.
De mi patria a la sazón
algunas cartas recibo,
todas ellas con motivo
de anunciarme una traición
que me ocultan de exprofeso;
pero en todas se me avisa
de una manera concisa
que emprenda al punto el regreso.
Dicho y hecho: al fin suspendo
la venganza a mi pesar,
y anhelante de llegar
la vuelta a mi patria emprendo.
Llego... pero el mismo día
también huía el notario,
que era aquí el depositario
de toda la hacienda mía.
¡Un hombre hasta entonces probo,

pariente mío y mi amigo!
¡Sólo él pudiera conmigo
hacer tan infame robo!

AUR. ¡De veras os compadezco!

JUS. (El chasco es algo pesado.)

ROM. ¡Estoy tan desesperado
que a todo el mundo aborrezco!

AUR. Y entonces... ¿para vivir,
como hacéis?

ROM. Me hice escritor,
que es la carrera peor
que puede un pobre elegir.
De escritores tal enjambre
pulula en el periodismo,
¡que escribir casi es lo mismo
que asociarse con el hambre!

AUR. ¿Y no tenéis protección?

ROM. Ni la busco ni la quiero;
Antes que pedir, prefiero
morir solo en un rincón.

AUR. Mas si alguno os la brindara...

ROM. También la rechazaría,
temiendo llegase un día
que me la echasen en cara.

AUR. ¡Sois altivo!

ROM. Y lo merezco.
Tanto daño me hizo el mundo,
que con despecho iracundo

¡a todo el mundo aborrezco!
Mas basta de hablar de mí.
Ved en que serviros puedo.
(¡No sé porque tengo miedo
desde que me encuentro aquí!)

AUR. Román: yo también cual vos
un viaje emprender intento.

ISID. (¡Y vuelta a lo del convento!)

ROM. ¿Y a dónde?

AUR. Sábelo Dios.

ROM. (¿Si querrá que la acompañe?)
Pero... ¿jiréis sola?

AUR. Sin duda.
(Corazón: préstame ayuda
para que mejor le engañe)

ROM. ¿Y bien?

AUR. Poseo un objeto
que confiaros quisiera.

ROM. Si lo que es saber pudiera...

AUR. Perdonadme: es un secreto
que podréis saber mañana.

ROM. ¡Qué! ¿Tan pronto es la partida?

AUR. Hoy es nuestra despedida.

ROM. Pues... aunque de mala gana
haré vuestra voluntad.

AUR. ¿De veras? ¡Cuánto os lo estimo!
Sólo así a partir me animo
libre de toda ansiedad.

*(Se levanta y dirigiéndose a un mueble que debe estar
contra la pared del fondo, saca de él un paquete que luego
entrega a Román)*

ROM. (Acaso razón le sobre,
pero no doy en el “quid”).)

AUR. (Si no puede ser feliz,
¡al menos no será pobre!)
Tomad: este es mi depósito.

(Le da el paquete)

ROM. ¡Cómo! ¿Un paquete cerrado?

AUR. Nada más. (He aquí logrado
de mi venganza el propósito.)

(Volviendo a su asiento)

Quiero que pasen tres días
sin que vuestra mano le abra.

ROM. Os empeño mi palabra.
(¡Válgame Dios, que manías!)

ISID. (Pues yo en ayunas me quedo.)

ROM. (Pero, ¿qué misterio es este?)

JUS. (Aunque su enojo me cueste,
he de aclarar el enredo.)

ROM. Ahora si me dais permiso...

(Se levanta para marchar)

AUR. (¡Dios mío!) ¿Tan pronto os vais?

ROM. Si otra cosa no mandáis,
que me retire es preciso.

AUR. No tengo ningún derecho
a estorbar vuestra intención.
(Parece que el corazón
se quiere salir del pecho)

(Levantándose)

ROM. Aurora, ¡que el cielo os guie!

JUS. (Corro a esperarle.)

*(Se habrá quitado la bata y sale por la puerta del fondo.
Desde este momento Isidora desaparece de la escena)*

AUR. Román,
que él consuele vuestro afán,
y mejor suerte os envíe.

ROM. (Es muy bella, y en verdad,
¡que en desairarla fui un tonto!)
¡Adiós! que os vuelva a ver pronto.

(Se estrechan la mano)

AUR. ¡Sí! ¡pronto! (¡En la eternidad!)

*(Sale Román, y Aurora le sigue con la vista hasta que
desaparece)*

ESCENA NOVENA

AUR. Adiós, esperanza mía,
¡tan bella como fugaz!
Sol de ventura y de paz
que apagó noche sombría.
¡Ilusión radiante y pura
que sólo vivió un momento,
y a un soplo del vago viento
se deshizo su hermosura!
¡Ráfaga de luz divina
que sólo brilló a mis ojos
a hacerme ver los abrojos
de esta existencia mezquina!
Sin esa dulce esperanza,
¿qué busco en el mundo yo?...
Un edén mi alma soñó...
¡Ya se perdió en lontananza!
¡Ah, bien puede la mujer
de injusto al mundo acusar,
cuando ni el placer de amar
es para ella un placer!
El hombre al sentir la llama
de esa pasión celestial,
alivio encuentra a su mal
con decírselo a quien ama.
¡Pero la mujer! Sin duda
porque lo exige el honor,
puede morir de amor,
pero con la lengua muda.
Y si ella ¡mezquino ser!
llora en perpetua ansiedad,
¿qué importa a la sociedad

lo que sufre una mujer?
¡Basta, basta, corazón!
¡Calla tu dolor profundo!
¿Callarlo te exige el mundo?
¡El mundo tiene razón!
El de tu amante suspiro
se mofa con saña cruel.
Pues bien: retírate de él,
y ve a llorar al retiro.

(Se deja caer abatida en un sillón y permanece con el rostro cubierto en ademán de llorar)

ESCENA DÉCIMA

Aurora y doña Isidora

ISID. Niña: ¿qué hace usted aquí sola?
(¡Me aflige el verla penar!)

AUR. Es un consuelo el llorar
cuando el dolor nos desola. . .
Ya he dado el adiós postrer
a mi postrera esperanza.

ISID. ¿Y el placer de la venganza?

AUR. Sí: fue mi último placer.
Y gozaré mientras viva
su grata y suave dulzura;
será un rayo de ventura
contra mi fortuna esquiva.

¡Es tan dulce el hacer bien,
y deja tras sí un encanto,
que endulza la hiel del llanto
y calma el dolor también!

ISID. Pero... ¿qué está usted diciendo?

AUR. Que me he vengado a mi modo.

ISID. Si usted no me cuenta todo,
ni una palabra comprendo.

AUR. Es que... volver bien por mal
es una hermosa venganza.
Quien así se venga alcanza
dos placeres por igual:
pues hiere a quien le ofendió,
y, además, porque bien obra,
goza un placer sin zozobra.
¡Y eso fue lo que hice yo!

ISID. Pero, ¿qué es lo que habéis hecho?
(Me estoy muriendo de afán.)

AUR. Ya sabe usted que á Román
le han robado...

ISID. (¡Que sospecho!)
¿Y bien?...

AUR. Como él ha gozado
siempre cómoda existencia,
y a vivir en la indigencia
no se hubiera resignado...

ISID. ¿Y usted?...

AUR. Como yo tenía
resuelto el irme al convento...

ISID. ¡Acabe usted! ¡que tormento!

AUR. ¡Le cedí la herencia mía!

(*Con resolución*)

ISID. ¡Virgen santa! ¡que criatura!

(*Levantándose indignada*)

¿Y él aceptó? ¡Miserable!

AUR. ¡Doña Isidora!

ISID. ¡No me hable
de semejante locura!
Pues, nada; a su propia casa
voy en busca de ese tuno,
y sin miramiento alguno
le contaré lo que pasa.

AUR. Me pondrá usted sin razón
en un grave compromiso,
y usted no querrá...

ISID. Es preciso
que acabe esta situación.

AUR. Pues bien: ya está terminada.
Mañana al claustro me voy.
Haga usted cuenta desde hoy
¡que me he muerto!...

ISID. ¡Desdichada!
¡Usted con ese capricho
sin piedad matarme quiere!...

ESCENA ONCE

Dichas y don Justo

JUS. ¡Eh! ¡Aquí nadie se muere!

(Entrando)

AUR. ¡Don Justo!

JUS. ¡Lo dicho, dicho!

ISID. ¿Le has visto? ¿le hallaste? di:
¿Qué pasó? contesta al punto.

(Con rapidez a don Justo)

JUS. Pues te lo diré en conjunto.
Oye: ¡llegué, vi, y vencí!

(Con lentitud a doña Isidora)

ISID. ¡Gracias al cielo divino!

¡Te perdono. . . hasta el ser hombre!

AUR. Pero, ¿qué hay?

JUS. Nada que asombre:
que ha entrado en el buen camino.

AUR. ¿Quién?

ISID. Don Román: vuestro amor.

AUR. ¡Hablad, por Dios! no os entiendo.

JUS. Sus pasos estoy oyendo.
Él lo explicará mejor.

AUR. ¡Cómo! ¿Román vuelve aquí?
¡Gran Dios! ¡Esto es un insulto!
¡Qué vergüenza! yo me oculto;
decidle que ya partí.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y Román

En el momento en que Aurora cruza la escena para ocultarse en su habitación, aparece Román por el fondo. Trae en la mano los documentos que contenía el paquete que Aurora le había dado. Desde la puerta, al ver que Aurora quiere ocultarse, exclama:

ROM. ¿No os dignáis oír al reo?

AUR. ¡Oh, que traición! ¡Qué perfidia!

(Vuelve sobre sus pasos y se cubre el rostro con el pañuelo en actitud de llorar)

ROM. Que hoy me han de tener envidia
hasta los ángeles creo.

AUR. ¡El corazón me habéis muerto!

(A don Justo)

JUS. Pues fue por daros la vida.

ROM. Cerrando en mi alma la herida
que había el dolor abierto,
habéis cambiado mi ser;
alma, corazón, instinto...

Todo es en mi tan distinto,
cual si hoy volviera a nacer.

(A Aurora)

AUR. ¡Caballero! usted faltó
á un sagrado compromiso.

ROM. ¡Cómo! ¿no mandó usted aviso?

JUS. ¡Eso lo he fraguado yo!

ISID. Bien hecho; de esa manera
esta situación se corta.

AUR. ¡Es verdad! ¡A nadie importa
que yo de vergüenza muera!

(Con amargura a Isidora)

ROM. ¿Morir de vergüenza, Aurora,
por salvarme del abismo
donde un loco escepticismo
me iba hundiendo hora por hora?
Yo era un ciego que entre abrojos
errante vagaba y triste;
y tú, ángel mío, volviste
la luz del cielo a mis ojos.
¡Yo de recóndita pena
gemía esclavo en los lazos,
y tu mano hizo pedazos
de mi prisión la cadena!
Cansado de ir siempre en pos
del bien, y no dar con él,
me asaltó la duda cruel,
y dudé del mismo Dios:
¡de Dios! que al ver mi deslíz,
en vez de tornarme escoria,

manda a un ángel de su gloria
al mundo a hacerme feliz...

*(Aurora escucha complacida. Don Justo y doña Isidora
hablan aparte)*

AUR. ¡Gracias, Román! Mi ambición
era volveros la calma.

ROM. Y me has hechizado el alma
colmándola de ilusión.
¡Creo en el amor! lo siento
voraz en mi pecho arder.
Tú sola puedes hacer
que no muera este contento.

JUS. Pues ya es bueno este señor,
que era antes peor que la muerte.

ISID. Es que el hombre se convierte
cuando le pica el amor.

ROM. ¿Me perdonas mis desvíos?

(A Aurora)

AUR. ¿Te hará feliz mi ternura?

ROM. Tu amor convierte en ventura
todos los pesares míos.

(Con fuego lo siguiente)

¡Tú serás la hermosa estrella
que brillará en mi camino;
yo adoraré de continuo
la luz pura que destella!
¡Yo encaminaré mi huella
de sus rayos al fulgor,

y no temeré el rigor
de la fortuna contraria,
si escuchas tú mi plegaria,
ángel puro de mi amor!
¡Blanca rosa sin espinas,
que mi ventura predices
con los cándidos matices
de tus hojas nacarinas!
Cáliz de esencias divinas
que adormecen el dolor;
¿Qué me importará el rigor
de la fortuna precaria,
si escuchas tú mi plegaria,
ángel puro de mi amor?
Si hallo la vida en tu aliento;
si tus ojos, alma mía,
la luz me ofrecen del día;
si tu virginal acento
embarga mi pensamiento
en delirio seductor;
¿Qué me importará el rigor
de suerte inconstante y varia,
si escuchas tú mi plegaria
ángel puro de mi amor ?...

AUR. ¡Bendito sea tu acento
que así consuela mi afán!
Aquí vivirás, Román;

(Señalando el corazón)

aquí y en mi pensamiento.

ROM. Y yo bendigo al Creador
que hoy me brinda tal tesoro.
Aurora mía! ¡te adoro!

AUR. ¡Román! ¡Vivo de tu amor!
¡Soy feliz, doña Isidora!

(Volviéndose hacia ella)

ISID. ¿Sí? Pues deme usted un abrazo.

(Se abrazan)

¡Que jamás espire el plazo
del bien que disfruta ahora!

(Súplica al cielo)

JUS. (dirigiéndose al público)

Tan sólo un temor me asedia,
que ustedes me han de quitar,
si se dignan perdonar
las faltas de la comedia.

(CAE EL TELÓN)

Recordando a Manuel López Lorenzo (1842 – 1883)

Los caminos de la evocación y el recuerdo, nos aproximan a la polifacética y destacada figura de Manuel López Lorenzo, inspirado poeta, escritor y dramaturgo, fogoso periodista e ilustre educador pionero de nuestra ciudad, quien a lo largo de una breve pero intensa y fecunda existencia, se caracterizó por su auténtica y profunda vocación hacia las letras, su claro talento creativo, su especial amor a la pedagogía y la enseñanza, su gran empeño realizador, su peculiar acento hispánico y, sus innumerables iniciativas e inquietudes espirituales. De origen español, había nacido en Santiago de Compostela (La Coruña), el 18 de mayo de 1842, y en plena juventud, portando todo un amplio y rico bagaje de proyectos, arribó a la Argentina, y posteriormente a Chivilcoy. Ya afincado, aquí en nuestra ciudad, colaboró de una forma asidua, en las páginas y columnas del periódico La Campaña –primera expresión gráfica y voz inicial de la prensa lugareña, que se creó el 18 de marzo de 1875, por los distinguidos vecinos Carlos Augusto Fajardo y Miguel Calderón-, y se integró además, al selecto ambiente artístico y cultural de la época. Fue uno de los fundadores de la Asociación Española de Socorros Mutuos, surgida el 9 de julio de 1870, y el segundo presidente de dicha entidad, y también, conformó el grupo que hubo de constituir la Logia Masónica “Luz del Oeste del Valle de Chivilcoy”, creada el 6 de febrero de 1877. Ejerció la docencia, en las aulas de la “Escuela Graduada”, y en el mes de agosto de 1876, fundó y organizó la denominada “Escuela Politécnica”, un establecimiento educativo particular o privado, de nivel medio o secundario, por el cual atravesó una significativa cantidad de alumnos, a quienes les transmitió, infundió e inculcó, principios y valores morales y el cariño a los libros, la lectura, el estudio y el trabajo. De su producción literaria, mencionaremos el libro Flores del Alma, editado en 1874, un volumen de sentidas y exquisitas com-

posiciones líricas, en memoria de su primera esposa, Emilia Araujo, desaparecida prematuramente; Corona poética o cantares patrióticos a los héroes del Callao, de 1866; Camila O’Gorman: Leyenda histórica americana del siglo XIX, de 1870; la comedia en verso y en un acto: Una venganza feliz, estrenada en la sala del teatro “Orfeón” de Chivilcoy, la noche del 17 de octubre de 1872; las zarzuelas en un solo acto: Los hijos sin madre y La Tolerancia, etc. Manuel López Lorenzo, falleció el 28 de abril de 1883, a la temprana edad de 40 años, víctima de un accidente cerebrovascular. Había contraído matrimonio en segundas nupcias con Teodosia Forgues, que hubo de sobrevivirle más de cinco décadas, falleciendo –también un 28 de abril-, en 1937. En 1958, el erudito y prestigioso catedrático universitario, investigador, ensayista, crítico y poeta, Dr. Alfredo Ángel Roggiano (1919–1991), publicó el libro: “Una obra desconocida del teatro hispanoamericano: ‘Una venganza feliz’, de Manuel López Lorenzo”, donde ofrece una pormenorizada e ilustrativa semblanza biográfica del autor, sin dudas, toda una honrosa y memorable gloria, en el historial de la literatura y la educación de Chivilcoy. Maestro de prestigio y alta gloria, y poeta de verso apasionado, yo rescato del tiempo y el pasado, su tenaz y fecunda trayectoria. Y lo veo de pie, frente a la historia, con su espíritu dulce y perfumado; su fervor español, muy inspirado, y su escuela, tan noble y meritoria. Vocación de educar, claro talento, hondos sueños, amor y sentimiento, fiel trabajo, saber, lucha y pujanza... Manuel López Lorenzo –gran figura-, exponente ejemplar de la cultura, los ideales, el arte y la enseñanza.

Procurador Carlos Armando Costanzo

Fundador y director del Archivo Literario Municipal
y el Salón del Periodismo Chivilcoyano.

2021 Editorial Municipal Chivilcoy
Edición: Diego Scarpellino y Federico Capobianco
Diseño y diagramación: Vanesa Vitale DG

(emch) *
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY